



DE LA UNIVERSIDAD AISLADA A LA UNIVERSIDAD CRITICA*

* Exposición del Presidente Belisario Betancur en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, septiembre 17 de 1982.





Doctor Belisario Betancur Cuartas
Presidente de Colombia 1982 – 1986

Egresado de Nuestra Facultad
de Derecho y Ciencias Políticas
Universidad Pontificia Bolivariana
Medellín, Colombia

Una patria mejor todos los días

Volver, sin habernos ido nunca. Volver a nuestra casa, a la casa que nos hizo, en la que nos hicimos, en la tierra materna y entre la estirpe nutricia. Volver a celebrar en esta casa, y con ella, un año más de su vida y la plenitud de su presencia, suscita tal acumulación de emociones, que hace difícil despojar nuestra palabra de toda nota sentimental.

A mí me resulta inevitable. En un momento como este, en que por fuerza de la celebración aniversaria, nos dedicamos a recordar, es decir, a hacer pasar de nuevo por el corazón lo que ya una vez pasó por él, confundir en una sola evocación la trayectoria de nuestra Universidad y la trayectoria de mi vida. No voy a rememorar ni la una ni la otra. Ambas son suficientemente conocidas de todos. Espero, simplemente, que se me permita utilizar algunas instancias de esa memoria común, como justificación parcial de lo que voy a decir.

Aquí transcurrió mi juventud, llena de privaciones y de ambiciones. Como las de esta casa, las primeras etapas de mi vida fueron difíciles pero cargadas de esperanza: bien se ve que ni la Universidad ni quien les habla se rindieron a las dificultades. El mismo espíritu que dio origen a esta casa y la mantuvo incólume, sostuvo mi ánimo en las vicisitudes de la vida. A los hijos del Alma Mater tal manifestación de la Providencia no nos sorprende, no puede sorprendernos: es el milagro cotidiano en que nos enseñaron a creer; es la victoria de la voluntad y del carácter cuando están asistidos por la fe.

Unas virtudes implícitas en el nombre y en los símbolos de esta Universidad. Recabadas diariamente en aquella lista de tenacidades que bajo el título de "espíritu bolivariano", hiciera Sierra y Henao Botero en nuestros primeros carnets estudiantiles, para recordarnos día a día y gota a gota, lo que se esperaba de nosotros; enunciadas en las palabras universidad-católica-bolivariana; jerarquizadas en su segundo término al convertirse ésta en pontificia; obligatorias en el tercero, para todo colombiano, para todo aquel que tenga claro el concepto de patria, y que aspire a tener una patria mejor todos los días.

Por lo mismo, es incitante hacer una expedición analítica en torno a esas denominaciones, antes de entrar en el tema central de esta lectura: la situación y los problemas de la universidad contemporánea.

En los cuadernos del cuadragésimo aniversario sobre profundación, fundación y discurrir de nuestra Universidad desde 1936, están explicadas las razones por las cuales la Bolivariana nació como institución hija de la Iglesia y por qué la Santa Sede le concedió la dignidad de pontificia. Baste decir que puesto que las raíces de la universidad como creación del espíritu se confunden con la cristiandad en occidente, hemos de sentirnos orgullosos de que la Bolivariana haya sido ascendida al máximo grado de la jerarquía cuando apenas contaba nueve años de edad.

Hace falta detenernos en la denominación **bolivariana**. Aunque el pueblo colombiano reivindique con amor las enseñanzas del Padre de la Patria, es mucho

lo que falta por andar en ese camino que desde la Carta de Jamaica hasta el testamento de San Pedro Alejandrino, nos dejara trazado, iluminado por la gloria, pletórico de anticipación mágica, el gran visionario, a cuyo culto constante y ferviente tenemos que volver, para oír la voz vegetal de la raíz.

El análisis ponderado, aunque no desapasionado, porque sería imposible hacerlo sin pasión, de esas dos condiciones, **católica y bolivariana**, resultaría excesivo ahora. Cualquiera de los dos temas da para más de un tratado. Queden pues ahí, como hasta ahora, sirviendo de puntos de convergencia de los estudiosos y de incitación a los jóvenes que tengan la fortuna de pasar por estos claustros, pues que en ellos, más que en otros, recae la responsabilidad de continuar esa tarea, que es como la de procurar el diario sustento de la nación.

La Universidad estática

Podríamos ahora preguntarnos, con intención de acertar por lo menos en el diagnóstico, cuáles son los problemas más apremiantes de la universidad actual; cuál es la situación de la universidad como institución; de la universidad como concepto; cómo se nos aparece dentro de esta realidad universal; y finalmente, cuál sería hoy la función de la universidad.

En un estudio reciente, escrito por un funcionario de la UNESCO, se dice que pocas instituciones creadas por el hombre han sufrido, en el curso de los últimos tiempos, una crítica tan inclemente como la soportada por la enseñanza superior. A la Universidad se la ha calificado de medieval y por lo tanto de inservible en los tiempos que corren. Se dice que las universidades se desarrollaron conforme a un modelo existente en la Europa medieval, pero que mientras otras formas de enseñanza y educación fueron adquiriendo características nacionales o regionales, adaptándose a sus medios respectivos, la enseñanza superior se ha mantenido incólume en el mundo, con la consecuencia de que en todas partes ha hecho crisis por no adaptarse al rostro cambiante de los hechos y los días.

Lo que más se le reprocha a la universidad no son tanto sus orígenes, medievales o brahámicos como otros lo sostienen, sino el hecho de que, pese a tantas evoluciones, "la enseñanza superior continúe, en conjunto, observando ciertas reglas aparentemente inmutables que, como la división en facultades separadas, por ejemplo, respondieron antaño a necesidades objetivas del progreso de los conocimientos, pero que este mismo progreso se pone hoy en tela de juicio".

Ya va para quince años que empezó a hablarse de crisis universitaria y, en un sentido más general, de crisis de la educación. El tema se puso de moda con los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia, que casi causan la caída de un régimen. Se llegó, incluso, a aceptar una equivalencia entre crisis de la educación y asonadas estudiantiles en los terrenos universitarios. Estos disturbios fueron la característica de finales de los años sesenta y, sin embargo, aunque cesaron hace mucho tiempo, la crisis de la educación sigue siendo tema de cada día.

Es que naturalmente, la crisis abarca problemas mucho más importantes que los que originaron, en numerosos casos, las manifestaciones estudiantiles de entonces.

Se trata de la imposibilidad de desarrollar los sistemas educativos de una manera, lineal, es decir, de incorporar, para cada clase de alumnos, para cada grupo de estudiantes, un nuevo profesor, nuevos edificios, nuevos laboratorios, etc. Y esto es válido tanto para países ricos como para países pobres.

Se trata, igualmente, del problema de los costos crecientes de los sistemas educativos, de su ineficacia interna, cada vez más notoria, de sus fracasos y pérdidas. Se trata, también, de su ineficacia externa, es decir, de que responde cada vez menos a las necesidades precisas de la sociedad. Se trata, además, del bajo nivel educativo de los cuadros de personal dedicado a la educación. Se trata, en fin, del empleo de métodos anticuados y superados. De hecho, con movimiento estudiantil o sin él, la crisis de la educación es común a todos los sistemas educativos del mundo, porque éstos se han contentado con aplicar medidas atenuantes, en vez de buscar soluciones auténticas y, en realidad, no se trata de una crisis, sino de una serie de crisis, como veremos enseguida.

La crisis sucesiva

La primera, y la que más inmediatamente impresiona tanto a los gobiernos como al público, es la crisis cuantitativa. La esfera de la enseñanza superior ha estallado y el número de estudiantes que la demandan se ha multiplicado varias veces. Una institución creada para entenderse con un pequeño núcleo o estrato, con una minoría eminente, se ha encontrado de golpe enfrentada a una tarea masiva. Los estudiantes cuyo número era antes reducido, representan hoy, sobre todo en los países desarrollados, una cantidad tan impresionante que pueden, de una forma u otra, ejercer una influencia cada vez mayor, no sólo sobre la política educativa, sino sobre la política en general: los estudiantes se han dado cuenta de lo inadaptado de la institución y con razón no han escatimado sus críticas.

La segunda crisis no ha aflorado en todas partes pero se cierne universalmente: es la de la financiación. Por ahora es menos visible que la primera, pero ya ha provocado muchos problemas en las naciones avanzadas, incluso, aunque parezca increíble, en los Estados Unidos; y empieza a provocarlos entre nosotros.

La tercera es la de educar los propósitos de la enseñanza superior a las necesidades de la sociedad y de los individuos. Ya en 1968 el principal problema que planteaban los estudiantes y los educadores jóvenes, era la finalidad de sus estudios.

¿Para qué servía lo que se estudiaba?

Se pretendió resolver esta dificultad concediendo una participación más o menos sustancial a los estudiantes y pedagogos jóvenes en la gestión de las instituciones. Eso no bastaba. De lo que se trataba era de los objetivos que perseguía la enseñanza superior, de su adaptación a una sociedad en perpetuo cambio, a una

bolsa de trabajo que no quedaba satisfecha con los "productos" que salían de las universidades, aun de las más prestigiosas.

✓ La cuarta crisis, es, desde luego, la que caracteriza las relaciones cada vez más tensas entre la enseñanza superior y el medio ambiente, entre la Universidad y la sociedad. En este aspecto, el juicio de eminentes autores es acerbo o en extremo: "acusan a las Universidades de haber olvidado, e incluso traicionado, su misión social y, descuidando la búsqueda de nuevas verdades, de consagrarse a levantar murallas académicas para proteger los viejos dogmas. Les reprochan también el haber perdido de vista los problemas de la sociedad, que necesita su ayuda para resolverlos; y que en vez de concebir su autonomía como condición de un esfuerzo intelectual, honesto, productivo y permanente, hayan sostenido que constituye un privilegio y que ellas son un fin de sí mismas. Les increpan, por último, que lejos de preparar a los jóvenes de hoy para que solucionen los problemas de mañana, lo que en realidad han hecho es acostumbrarlos y alentarnos a volver la espalda a esos problemas y a esa sociedad".

La quinta crisis es la que determina, en los países avanzados y posiblemente mañana en los nuestros, la revolución científica y técnica, umbral de la civilización post-industrial. De dicha revolución producida por la tecnología electrónica se ha dicho que "sus efectos serán más profundos que todos los cambios sociales que hemos conocido hasta la fecha". De una sola de sus manifestaciones, la automatización, afirma un líder británico, que constituye por sí sola el cambio más importante de la historia de la humanidad. Y un filósofo y economista norteamericano escribe: "El mundo de hoy es tan distinto del que existía cuando yo nací, como éste lo era de la época de Julio César. Nací en medio de la historia humana, años más años menos. Desde mi nacimiento, se han producido tantas cosas como las que ocurrieron antes del mismo".

Tan sorprendente afirmación puede explicarse de muchas formas, pero bastaría recordar la lista de más de cien innovaciones técnicas, muy probables en este último tercio del siglo veinte, que suministran los eminentes futurólogos autores del ya clásico libro "El año 2000", para darse cuenta de que las implicaciones y consecuencias de esta transformación, que está ocurriendo frente a nuestros ojos, sobre nuestras cabezas, sin ninguna participación nuestra, son incalculables, deslumbradoras y, en algunos casos, escalofrantes.

Aprender a aprender

Todo esto nos lleva de nuevo al tema, de cuál será el lugar del hombre en la futura sociedad y como prepararnos para esa nueva vida pues "la revolución científica y técnica está inextricablemente enlazada con la transformación de la esfera fundamental de la actividad humana, con el puesto que tendrá el hombre en el mundo de las fuerzas productivas.

Se trata, pues, de preparar al hombre para lo que le aguarda, y la educación en general y la superior en particular deberán desempeñar aquí un papel predominante para abrir el mundo del mañana al niño, a los jóvenes y, quizá más urgente-

mente, a los adultos. Si el hombre moderno tiene que adaptarse durante su existencia a una evolución comparable a la que ha conocido la especie humana en el curso de miles de años, es preciso que se haga una idea relativamente concreta (aunque sea ingenua), de lo que le espera”.

Desde el punto de vista de la educación, el elemento más importante del futuro que se vislumbra, es el de cambio y el de cambio rápido. El alumno de los próximos años tendrá que percatarse de que durante toda su vida deberá adaptarse a modificaciones de los conocimientos, del trabajo, del medio y de la totalidad del contenido de la vida del hombre, como nunca había tenido que hacerlo el hombre hasta ahora; porque si en el pasado, los hombres podrían formarse con vistas a tratar situaciones que era conocidas por sus maestros, sabemos ya que el mundo en el que entrarán los estudiantes, será seguramente distinto a aquel en que adquieren sus conocimientos”.

La educación deberá aplicarse conscientemente a formar hombres que se encontrarán en situaciones y sociedades que aún no existen, y deberá fijarse como primer objetivo, reforzar las facultades de adaptación del individuo, para que éste pueda acomodarse rápida y fácilmente a la novedad constante.

Pero no bastará con formar hombres capaces de adaptarse al cambio rápido: habrá que formar hombres armados de conocimientos en terrenos increíblemente diversos; nadie podrá contentarse con los conocimientos adquiridos, como quien dice, de una vez por todas durante la juventud; ni la formación profesional servirá para toda la vida, como sucedía hace cincuenta años. Ya no se tratará de enseñar ni de formar, simplemente; será cuestión de aprender constantemente, de “aprender a aprender”.

Una frase menos pleonástica de lo que parece. De hecho no hay como decirlo de otro modo. En adelante, en todo proceso, ya no podrá cargarse el acento sobre un contenido necesariamente limitado sino sobre la aptitud del comprender, de asimilar, de analizar, de poner orden en los conocimientos, de manejar con soltura las relaciones entre lo concreto y lo abstracto, lo general y lo particular: en suma, de compenetrar la sabiduría con la acción, de coordinar la formación y la información.

Este concepto implica una reorientación completa de los sistemas educativos en general y de la enseñanza superior en particular. Conduce necesariamente a los terrenos de la educación permanente y de la educación abierta. Implica que el hombre educado será sólo aquel que sepa encontrar rápida y exactamente lo que no sabe. Si en los distintos sistemas de educación, sobre todo al nivel universitario, se calcula hoy que el 80% del tiempo se emplea en transmitir conocimientos y el 20% en la adquisición de las metodologías del aprendizaje y la investigación, resulta evidente que esas proporciones tendrán que cambiar radicalmente en el futuro. Podría afirmarse, incluso, que deberán invertirse.

El tremendo problema cuantitativo, el de la presión de las cifras y sus consecuencias sobre todo financieras; el del dilema entre la formación general o profe-

sional; el de las tecnologías educativas a emplear; el del puesto que debe darse a las actividades de investigación pura; el de la diversificación; el de la adecuación de la enseñanza superior a las necesidades de la sociedad que la demanda y que la sostiene; y tantos otros como preguntas pudieran surgir en este auditorio, son temas que quedan a continuación de Ustedes, como suscitación e incitación.

La universidad, respuesta viviente

En mi vida, han sido muchas las veces en que me he referido a los temas de la educación y la universidad en particular, en cuanto hace a nuestro país. Mis interpretaciones de esa realidad, mis opiniones sobre la situación y sus constantes desdoblamientos, y mis propuestas para empezar a solucionar lo más urgente, siguen disponibles en compilaciones de esas intervenciones.

Decía, en una de ellas, que la crisis de la universidad colombiana tiene su origen en su distanciamiento de la realidad del país, factor común a las crisis de la universidad en todas partes. Agregaba que la universidad debía ser respuesta viviente de acuerdo con nuestro contexto cultural e histórico y, desde luego, para resolver las exigencias coyunturales, porque esa es la diferencia entre lo que entonces llamé una universidad **aislada** y una universidad **crítica**.

Tocamos aquí, el tema de la libertad en la educación superior, el de la necesidad de librar a la universidad de constricciones innecesarias, porque la institución académica, la universidad, vive de la libertad y muere de las constricciones.

Nuestra universidad, la Bolivariana, tuvo su origen en lo que algunos consideraron, en su momento, una conculcación de la libertad. De modo que éste es el ámbito propicio para estas reflexiones. Esa circunstancia, la que dio origen a esta casa, fue felizmente superada hace ya muchos años. Pero parecería que el espectro de la intervención indebida no se cansara de asomarse y de extender su manto por estos campos de la educación, que como está implícito en su etimología, es la palabra con que justamente designamos el proceso de la liberación del hombre.

Lo que sucede es que so pretexto de un malentendido respeto a lo establecido, inmersos en una especie de inercia filogenética, algunos de los participantes en estas tareas de la educación superior, confunden el ejercicio de la libertad con el fomento de la subversión. Es cierto que la universidad, siendo por naturaleza centro de la crítica, está permanentemente al borde de transgredir límites. Pero confundir crítica con agresión, o protesta con subversión, es sacrificar la esencia de la universidad y convertir la institución creativa por excelencia en el núcleo de la destrucción y del caos.

Un ejemplo de constricción innecesaria puede verse en el fenómeno reciente, ya superado por el gobierno que se inicia, de que no bastará haber conseguido un diploma de bachiller para poder entrar a la universidad, cuando precisamente era para lo único que en definitiva servía el bachillerato. Aunque, como dijera un destacado educador: “Cerrar las puertas de la universidad no parece una medida adecuada para engendrar la fe en una sociedad abierta”, eso era lo que estaba sucediendo.

El júbilo con que la inmensa mayoría nacional, que no se nos olvide que es la menor de 18 años, ha recibido la abolición de esta constricción, constituye de suyo una corriente de aire fresco en un ambiente enrarecido por los afanes intervencionistas. Pero no puede distraernos de la realidad que hay detrás del fenómeno, que es la de la urgencia de reformar ese bachillerato para que deje de servir única y precariamente como boleto de ingreso a la universidad; y sea útil en sí mismo, es decir, que lo que se estudie durante los largos años de secundaria pueda, eventualmente, convertirse en un conocimiento terminal utilizable de inmediato, éntrese o no a la universidad; o como entrenamiento para ese "aprender a aprender" de que hablábamos antes.

La segunda expedición botánica

No ser todavía un país desarrollado, tiene, irónicamente, sus ventajas. Por ejemplo, afortunadamente nuestra universidad nunca fue presa de la polémica entre humanismo y técnica que trastornó a la universidad europea. Esa fue una querrela que no nos alcanzó siquiera a rozar la piel universitaria. No fuimos víctimas de la dicotomía de las dos culturas; pero el riesgo maniqueísta subsiste. Por eso importa mantenerlas donde las haya o implantarlas donde hayan sido abandonadas, aquellas actitudes que preservan la libertad y no ninguna ortodoxia confesional cerrada.

Esto sólo se logra con el auxilio de las ciencias sociales y de la historia, disciplinas que contribuyen a afianzar la identidad nacional, cuya búsqueda, posesión y desarrollo, son los cometidos fundamentales de la universidad. Y que sólo se asume, a través de un sostenido proceso de conocimiento de nuestra realidad física y de la naturaleza total del país, con el estímulo a la gestación creadora, al clan de la inventiva, al éxtasis de la obra de arte, alinderado por la razón.

A ese descubrimiento permanente, a esa segunda expedición botánica, como la he llamado en memoria de la primera gran universidad, abierta, libre, fructífera, que tuvo el país, invité a mis conciudadanos al tomar posesión de la Presidencia de la República, a ver si empezamos, cuanto antes, a establecer ese proceso de ósmosis entre los estamentos educativos y el país, no sólo para continuar la obra de Mutis en el conocimiento de nuestro entorno natural, sino para preservar ese patrimonio cultural que tantos reducen al inerte inventario de piedras, monumentos o cuadros, sin darse cuenta de que, aunque ese conjunto es importante, no es sino el pasado muerto; y lo que más importa defender, es el patrimonio cultural vivo, constituido por los intelectuales, los artistas, los estudiosos, los que investigan, los que, al ensanchar nuestro ámbito del conocimiento, discrepan continuamente, disienten, critican, y con ello afirman una libertad de expresión sin la cual toda cultura se atrasa, se debilita y muere.

Toda cultura, que es como decir toda sociedad. Porque, como dijera un magistrado, "creo que una sociedad se encuentra ya en un proceso de disolución cuando cada ciudadano comienza a considerar que su prójimo puede ser su enemigo; cuando el no estar de acuerdo con una doctrina preponderante, sea política o religiosa, se interpreta como una deserción; cuando la meta denuncia, sin específica concreción de delitos ni base real, equivale a un hecho demostrado; cuando la ortodoxia

se revuelve con la libertad de disentir... La mutua confianza, de que todo depende, tan solo puede ser mantenida mediante la amplitud de miras y el valeroso uso de la libre discusión”.

Opinión reafirmada por el presidente Kenedy cuando exclamó: “Los hombres que crean fuerza y poder, contribuyen de un modo indispensable a la grandeza de la nación; pero aquellos que ponen en tela de juicio la fuerza y el poder, contribuyen de un modo tan indispensable como los anteriores”.

Distingamos siempre el desacuerdo de la deslealtad, la oposición de la traición; y en esa tónica de identidad recobrada, hagamos propicia esta ocasión, este encontrarnos en un recinto donde felizmente para la patria, se mantienen vivas aquellas actitudes de independencia y de fidelidad a la verdad y a la esencia de la nacionalidad, que dieron origen a esta casa, —de la que son inspiradores nuestro padre Libertador y nuestra madre universal que habla por Roma—, para comprometer a Colombia, desde esta cátedra antioqueña, en un esfuerzo que nos conduzca a aquel ideal de universidad al que hace cinco siglos dieran los alemanes el infinito nombre de “espíritu viviente”.

Buscando nuestra imagen

Hago estas evocaciones al regresar como Presidente de la República a mi tierra, a mi Universidad, al diálogo con mi gente. Yo no me fui a la capital en busca de una vocación intelectual, política o universitaria; cuando me ausenté de mi Antioquia, ya había cultivado entre los míos las primeras devociones espirituales. Aquí compartí los primeros desvelos literarios y periodísticos, tuve los primeros sueños de poder y estudié las primeras lecciones de Derecho. Tengo hondos recuerdos de mis primeras lides, libradas a caballo de estas breñas ancestrales. Mi juventud son estampas de este paisaje, voces de esta estirpe, vigiliias al pie de estas montañas, a cuya sombra aprendí a amar la vida, el futuro, la esperanza, cuanto de positivo guarda para nosotros ese ser enigmático que llamamos destino.

Evocando esos años mozos, en que el espíritu es como la cera de los panales, dulce y moldeable, no puedo menos que rendir un homenaje de admiración a la generosidad del país, ese rasgo de su idiosincrasia que vale la pena destacar y exhibir ante los ojos de los hombres nuevos de hoy, para que miren con natural simpatía y libres de prevenciones, la cantera humana de donde proceden.

Colombia es tierra de solidaridad, de altruismo, de sentimientos nobles. Yo lo experimenté aquí en mis trayectos adolescentes cuando recibí estímulos y acicates constructivos de todo el mundo, incluso de un mundo contra el que yo me empinaba con altanería crítica e intolerable iconoclastia.

Antioquia no es una ínsula, sino greda de la misma veta nacional. Digamos, pues, que es el alma colombiana la que entre sus pliegues calienta los óleos de la comprensión, la ternura y la piedad humanas.

Eso fue especialmente cierto a la luz de los candiles aldeanos, cuando los lazos entre los hombres se trenzaron al calor de la convivencia fraterna y de las relacio-

nes de vecindario. El hombre no era entonces, cómo va siendo hoy y cada vez en mayor medida, esa abstracción, que tiene sobre el papel unos valores, claramente visibles en el rostro multitudinario pero desdibujados en el individuo concreto, de carne y hueso; allí la humanidad era el ser humano mismo, no su pintura sobre la pared, indistinta y lejana. Porque la vida eran ruidos de conversación, lances familiares, episodios y anécdotas sencillas de la faena cotidiana.

Después vinieron tantos sucesos, encadenados férreamente a través de largos años de desdicha nacional; y en ese naufragio perdimos muchas cosas, entre ellas, la primera, la fe en el hombre, la fe en el país, la fe en el futuro. Qué pérdida más deplorable. Todo, porque esas figuras de retablo aldeano que eran nuestros conciudadanos, sacaron del fondo del alma todos sus sentimientos negativos. Y hubo explosión de mala índole, de malas pasiones, de la mala condición humana. El país empezó a parecer una gran selva, una selva inmensa, y sus habitantes, los pobladores furiosos y al mismo tiempo amedrentados de un infierno en donde cada cual debía y podía velar por su derecho, haciéndose el más fuerte, por el cinismo por la engañifa o el terror, para imponer su propia ley. De allí que se haya ido a pique la confianza en los semejantes; que nos hayamos llenado de prevenciones, de rencores, de pesimismo sobre el hombre colombiano. Toda vida necesita una fe. Hay que creer ardientemente en algo o en alguien para poder sobrevivir.

¡Qué absurdo! se dirá. Venírsenos a hablar un lenguaje de optimismo en medio de esta crisis. Sí. Y lo hago a conciencia, no por alarde de vana y estéril consola- ción. Porque estoy convencido de que en el destino y en el humor de los pueblos, en todo fenómeno colectivo, juegan inmenso papel los hechos psicológicos.

Yo creo que estamos en una coyuntura de la transición, de la búsqueda de la verdadera imagen del hombre colombiano. Primero todos confiaron en todos, y todos lo merecían. Fue el viejo pasado.

Después todos confiaron en todos, y sólo algunos lo merecían. Es el pasado reciente.

Después, todos confiaremos, cada cual en el que conoce y ha probado honestidad, bonhomonía, rectitud, decoro. Tenemos que ir asimilando el paso de la edad pastoril a la de la masificación. Para que no perezamos los unos a manos de los otros, ni nos paralicemos por perplejidad y miedo a la acción.

Las circunstancias que estamos viviendo todavía, han sido severas, trágicas a menudo, fatídicas. Pero no confundamos las circunstancias con el país, ni la historia de lo acontecido, con el sino nacional. Levantemos la moral. Levantemos el alma como una bandera. Pongamos sobre el mástil un propósito de reorientación y de reencauce nacional.

Faro de sabiduría

No somos los primeros en la historia, en vivir una cadena de vicisitudes. Otros pueblos han padecido en el pasado, aquí y afuera, desgracias semejantes; y algunos,

otras, infinitamente más graves. Pero han salido adelante. También nosotros tenemos ese vigor del alma que ha servido a otros para enderezarse del fondo de su marco de angustia, implorando a Dios y desafiando al destino, lanzando su grito como unos dados, al azar, en los valles profundos. Y en el destino los ha oído. El futuro ha venido sonriente a mitigar sus ansias.

El camino de la institucionalización del país, o sea de la reducción a instituciones de lo que antes eran meras relaciones personales, es vital. Para que la gente vuelva a confiar; pero no lo vuelva a hacer irracionalmente.

Para eso es urgente que operen todos los mecanismos del Estado. La severa vigilancia que es una moral, la tiranía de unas convicciones y unos principios, son indispensables. Pero que el Estado esté al pie, dando su ejemplo y señalando un camino.

Yo me he comprometido a esa vigilancia, y quiero reiterar hoy ese compromiso.

Necesitamos estar alerta. El país se crece y en igual medida se deforma.

Hoy tenemos una misión concreta y específica de la hora: velar para que el crecimiento sea armónico, saludable, estético. Sé que no será trabajo de un período presidencial, pero estoy seguro de que en este trayecto se pueden introducir en la vida colectiva, fuerzas rectoras y de renovación, cuyo efecto sea duradero y decisivo en la fisonomía nacional.

Hablo de estos temas porque, sumergido como he estado en la discusión de las terapias económicas más aconsejables, sé también que la Presidencia es atalaya muy alta, desde donde se otean nuestros fenómenos en panorámica, lo que me incita para decir palabras que no son nada cuantificable, sino fenómenos de la moral, negocios del alma, que hay que hablar en el lenguaje del alma.

El Presidente tiene que ser, al mismo tiempo que Gerente de nuestra más grande empresa, un orientador de la vida nacional hasta en sus más sutiles manifestaciones, y yo no voy a renunciar a este papel, para el cual tengo vocación pedagógica conocida, puesto que siendo aún estudiante de bachillerato en estos claustros, en ellos mismos comencé a alternar como profesor.

Para ejercerla cuento con armas que la vida no ha mellado, tomadas aquí, en esta Universidad, faro de sabiduría que se ha ido proyectando sobre la patria a través de muchas generaciones de estudiosos.

Estos hombres de pensamiento cuentan entre lo mejor de la buena levadura con que se está haciendo el presente país y se está preparando su futuro. Aquí se enseñan principios; nada puede reemplazar en la educación de los pueblos, la pedagogía de los principios.

En esta labor de moralización, la buena educación de la juventud es un apoyo capital. No dejemos que la juventud se vuelva laxa y permisiva. No la dejaremos colonizar por la prédica de la vida sin jerarquías ni valores.

Antioquia lleva estas verdades en la médula de sus huesos. Y eso es lo que la hace grande, sus fuerzas morales. Puede verse destronada y andrajosa, pero sigue siendo señora por derecho propio. Por su moral y por su pensamiento, por esos atributos del alma que imprimen el sello de la nobleza espiritual. Porque ha probado con mil y una hazañas, cuántos son los que el poeta llamaba los "oros íntimos". Si ahora anda acosada por la adversidad, diez, veinte años de crisis no van a borrar un pasado de centurias. No hay racha, por poderosa que sea, capaz de arruinar psicológicamente un pueblo que tiene una tradición de dignidad y de grandeza. Donde hubo valores, la fuente de los valores tiende a seguir brotando. Apelemos a ese manantial. Tres o cuatro malos negocios, todo lo ruinosos que puedan ser, no van a eliminarnos del escenario nacional. Los pueblos tienen sus fases contradictorias; pero el hecho de que deban estar hoy abatidos los que antes reinaban, no quiere decir que se haya agotado el proceso.

Hay en el fondo de nuestra alma una reserva de energías suficientes para iluminar los caminos de la nacionalidad, no por regionalismo sino por sincera colaboración con el país. Y no nos amilanemos. No nos repleguemos. Tomemos otra vez la delantera. La seguimos mereciendo. En el fondo de los últimos cuartos de nuestras cabañas, viejos sobrevivientes de la Antioquia mayor sollozan en silencio y se preguntan mientras arde el fogón escaso, qué se hizo "nuestra raza", qué nos hicimos nosotros y cuándo es que vamos a resucitar y a volver a salir al campo, en nueva gesta campeadora. Hagámoslo ya. El país lo espera. Sí. Indudablemente. El país nos está otra vez esperando.

* * *

Señor Rector:

Con respetuosa discreción recibo la Cruz Bolivariana que me ha discernido el Honorable Consejo Directivo de nuestra Alma Mater. La llevaré con orgullosa plenitud. Dios me ayudará a no ser inferior a nuestra Universidad, a nuestra tierra y a nuestra gente. Sus astros primordiales nos están mirando e iluminando en este instante, desde más allá de las estrellas.